

4. El dilema del crecimiento

Una de las «paradojas de la prosperidad» es que la gente de los países ricos no se da cuenta de lo bien que están las cosas.

BAUMOL et al., 2007¹

La prosperidad no se refiere sólo a los ingresos. Eso está muy claro. Un incremento de la prosperidad no es lo mismo que el crecimiento económico. Pero esto, de por sí, no asegura que sea posible la prosperidad sin crecimiento. Sigue existiendo la posibilidad de que el crecimiento sea indispensable para alcanzar la prosperidad; que el crecimiento económico continuado sea una *condición necesaria* para una prosperidad duradera y que sin crecimiento nuestra posibilidad de florecimiento se reduzca sustancialmente.

Sin duda, debemos tomarnos seriamente las evidencias en tal sentido. Quizá el modelo de crecimiento sea, después de todo, lo más adecuado para ofrecernos prosperidad. ¿O seremos culpables, como William Baumol y sus colegas aseguran en la cita del encabezamiento, de no darnos cuenta de lo bien que van las cosas bajo el capitalismo de libre mercado?

Este capítulo explora semejante posibilidad, analizando tres propuestas estrechamente relacionadas, en defensa del crecimiento económico. La primera es que la opulencia —aunque no sea sinónimo de prosperidad— es una condición necesaria para el florecimiento. La segunda es que el crecimiento económico está íntimamente relacionado con ciertos «títulos» o derechos básicos —a la salud o a la educación, tal vez— que son esenciales para la prosperidad. La tercera es que el crecimiento juega un papel en la estabilidad económica y social.

Cualquiera de estas propuestas, de mantenerse, podría amenazar las probabilidades de lograr la prosperidad sin crecimiento, y nos pondría entre las astas de un dilema extremadamente incómodo. Por un lado, el crecimiento continuado demuestra ser ecológicamente insostenible; por el otro, parece esencial para una prosperidad duradera. Es muy importante atacar semejante «teorema de la imposibilidad».

La opulencia material como condición para el florecimiento

A primera vista, puede parecer redundante volver a tratar la relación entre opulencia y prosperidad. En el capítulo 3 descartamos cualquier relación lineal simple entre los flujos materiales y el florecimiento. No siempre más es mejor, aun en algo tan elemental como la nutrición.

Hay que reconocer que nuestra capacidad de florecer declina rápidamente si no disponemos de alimentos suficientes o de un cobijo adecuado. Esto justifica la imperiosa necesidad de un aumento de los ingresos en los países pobres. Pero en las economías avanzadas, más allá de ciertas desigualdades perniciosas, estamos mucho más allá de esa situación. Las necesidades materiales están ampliamente satisfechas y los ingresos disponibles se destinan cada vez más a fines diversos: ocio, interacciones sociales, experiencias. No obstante, esto no ha hecho disminuir nuestro apetito por el consumo material.

¿Por qué estos bienes materiales siguen siendo tan importantes para nosotros, mucho más allá del punto de satisfacción de las necesidades materiales básicas? ¿Somos realmente consumidores innatos? ¿Hemos sido genéticamente programados, como pensaba el psicólogo William James, con un «instinto de adquisición»? ¿Cómo es que los bienes de consumo continúan embelesándonos aunque no nos sean de utilidad?

La clave a este enigma se halla en nuestra tendencia a atribuirle significados sociales y psicológicos a los objetos materiales. Esta afirmación está respaldada por numerosas